

**L**a obra del Padre. En la fidelidad manifestada por Jesús, acatando la voluntad de su Padre, se abre la única perspectiva de recomposición moral que nuestra sociedad reclama. El extenso texto evangélico ofrece elementos de enorme riqueza para la reflexión. Nos detendremos en éste, de aparente insignificancia: “*Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió y llevar a cabo su obra*”.<sup>1</sup> Las circunstancias que aparecen como consecuencia de la responsabilidad humana manifiestan, negativa o positivamente, cuál es la obra a cumplir. En la Argentina debe restablecerse el orden y la justicia. Obra que responsabiliza a todos los argentinos y señala la naturaleza del delito de quienes rehúsan sumarse a la tarea común. La delincuencia manifiesta una gradación, de mayor a menor, que no parece dejar a nadie fuera de su paso destructor: desde quienes cumplen un plan sistemático de violencia y destrucción hasta quienes expresan cierta complicidad con el mismo acompañando los gestos violentos o guardando un silencio irresponsable ante sus devastadores efectos.

2.- *Definiciones para la acción.* Es el momento de las definiciones en pro del trabajo abnegado, de la honestidad, de la justicia y de la paz. El Evangelio identifica a esas *definiciones* con la opción por la obra que el Padre encomienda a Jesús. Para quienes disponemos de esta visión de

fe toda obra o responsabilidad que nos corresponda adquiere un carácter auténticamente sagrado. En las relaciones con Dios, y desde Él con todas las personas, se privilegia la gratuidad sobre el interés mezquino. Si no ocurre así nuestras empresas y tareas nacen y se desarrollan en la mentira y en vías de un seguro fracaso. Cuando estas convicciones no logran gravitar en nuestro comportamiento se produce la incoherencia y el bloqueo de todas las posibilidades. No requiere la práctica formal de una religión, aunque la favorece, decidirse a respetar los valores y principios morales que una sociedad ordenada necesita. Por vía de la educación familiar y pública se introducen, o no, los valores anunciados y sus obvios resultados. La multiplicación escandalosa de delitos económicos: fuga de capitales, malversación del erario público y el enriquecimiento ilícito, constituyen la prueba de la inexistencia de principios y valores morales.

3.- *Decidir el cambio.* Aunque la gracia de Dios cambia los corazones, no deja de promover gestos libres, propios de las personas, que predisponen al cambio. Advierto una falta de *predisposición*, particularmente entre quienes tienen mayor responsabilidad. Algunas actitudes indican que no se dan los signos auténticos que presagien el anhelado y necesario cambio. No obstante es hora de confiar en la buena voluntad de muchas personas que sí están dispuestas a que la acción de Dios, conocido o no, haga su obra de transformación. Las hay, deben ser contactadas y relacionarse entre ellas mediante un lenguaje ecuménico que aproxime las distintas y convergentes visiones filosóficas y religiosas. Para ello

<sup>1</sup> Juan 4, 34.

será preciso renunciar a la inflexibilidad y a la intolerancia, comúnmente definidas como “*fundamentalismo*”. Habrá que superar formas farisaicas de entender los respetables preceptos, tanto religiosos como filosóficos.

4.- *Aporte genuino de la fe*. El comportamiento de Jesús suscita diversos y contradictorios comentarios. Los mismos amigos o discípulos se sienten afectados por la enseñanza y la libertad de relación que el Señor manifiesta con los distintos tipos de personas. “*Come con los pecadores*” y se relaciona con los excluidos de aquella sociedad puritana e hipócrita. Da sus razones: “*para ellos he sido enviado*”; “*son los pecadores quienes tienen necesidad de perdón*” y “*los enfermos, de médico*”. La inflexibilidad no es evangélica; tiende a constituir sectas absolutamente cerradas, con propias categorizaciones sociales. Esta apertura, estimulada por el Espíritu de la unidad, ofrece, con una transparencia inigualable, el llamado evangélico a la conversión. Es el aporte genuino del cristianismo al conflicto que atormenta a nuestros pueblos. Es preciso que los cristianos nos unamos para lo mismo: que Cristo sea conocido y amado para que, en Él, sea comprendido el plan de Dios y sabiamente ejecutado. Esta misión universal es frecuentemente descuidada por causa de lo que nos diferencia. El Papa no deja de recordarlo. Es admirable su compromiso por la unidad, sin la cual Cristo seguirá siendo ignorado por verdaderas multitudes.

5.- *Cristo debe ser anunciado*. Duele al corazón del creyente que Cristo no sea proclamado. Es alarmante que los profesados cristianos pierdan el sentido de

su fe y orienten su compromiso al cumplimiento de otros proyectos extraños y, a veces, contrarios al Evangelio. Los Pastores debemos mantener vigente la palabra de Dios y alentar a los laicos, cuya misión está referida a los asuntos temporales, a hacerse cargo de la animación de la política, de la economía, del arte, de las ciencias y de la vida familiar.